



Los viajes y la subjetividad: el retorno imposible.

por Marta Clara Ferreyra

La vida es lo que hacemos de ella.
Los viajes son los viajeros.
Lo que vemos no es lo que vemos,
sino lo que somos.
(Pessoa)

En el Libro del desasosiego, Pessoa habla de los viajes como metáfora de nuestra existencia: "Tengo de la vida una náusea vaga y el movimiento la acentúa". Una experiencia que no quiere ni desea, porque lo que viaja en él, está quieto. Lo estático es lo que le permite pensar: su vida está en él. No en el exterior. Recrea a otros a través del lenguaje. No necesita los paisajes, dice: se repiten unos tras otros.

Pocas imágenes son usadas tanto como metáfora: los viajes son la vida, son la muerte, son los cambios, son las alucinaciones, son las malas experiencias. Homero, uno de los primeros grandes relatores del viajero por excelencia que todo integrante de la llamada cultura occidental tiene en las venas, hace de su Ulises el paradigma del viaje iniciático, de aquel que tiene que hacer un recorrido, sufrir cientos de aventuras (placenteras y dolorosas) para llegar y "merecer" la vida que le espera. Esto de los viajes iniciáticos me recuerda una película de David Lynch llamada *The Straight Story*, conocida como *Una historia verdadera*. En ella, un hombre viejo decide emprender un viaje para ir a ver a su hermano mayor de quien se alejó por un resentimiento. A manera de proceso íntimo y reconciliatorio, se sube a su pequeño tractor, una cortadora de césped en sus últimas. Esos 300 ks le sirven de viaje iniciático, lo transforman, le permiten un viaje interior mucho más largo y más profundo que esas millas, hasta el corazón de su amor por ese viejo y enfermo hermano. En *Viajes de motocicleta*, Ernesto Guevara sube a su moto con un amigo, ambos jóvenes médicos, para acercarse a esa otra realidad que es América Latina, y que solo les es posible descubrir cuando ese viaje hace mella en su yo.



Cuando les golpea en su subjetividad, cuando se apropian de la tierra que pisan esos neumáticos, cuando entran de lleno en las venas de esa América Latina, diría Eduardo Galeano, o mejor dicho, cuando la sangre de esas venas se mezcla con la de los viajeros y ya no hay manera de volver atrás. Porque como dijo Heráclito, el filósofo de Éfeso en el siglo V antes de Cristo, nadie se baña dos veces en el mismo río. Igual que Ulises camino de Ítaca, si tenemos suerte (como nos desea Kavafis en su poema del mismo nombre), el viaje propiciará el encuentro con uno mismo, confirmará las dudas, espantará los fantasmas conocidos y traerá otros, y dará un nuevo sentido a la identidad. Esa construcción poliédrica e inestable que nos acerca como en un juego de horizontes que se alejan mientras más caminamos, a saber quiénes somos, o quiénes estamos siendo, no solo para nosotros sino para nosotros mismos. El conocido antropólogo mexicano Gilberto Giménez nos habla de esas dos identidades: la endoidentidad y la exoidentidad dándonos en marco subjetivo, íntimo pero también social que nos ayuda o nos obliga a pensarnos. La subjetividad se nos va construyendo en el contacto con el afuera, en la retribución del adentro que choca con los muros invisibles, y los viajes van aportando y cambiando y disgregando quienes éramos o creíamos ser antes de partir. ¿Dónde estamos? ¿Quién regresa a casa después de un viaje? Respuesta improbable. No solo Ulises no era el mismo: la Ítaca que él encuentra no es la misma; se ha transformado en parte porque los ojos que la observan han cambiado. Esa es la esencia de lo que sucede: los viajes tienen un retorno imposible.

Vértigo y soledad, dice Claudio Magris, son dos compañeros inseparables del viajero. El vértigo de lo ajeno, del otro, de lo desconocido, y el vértigo de descubrir que lo ajeno está más cerca y se parece más a nosotros de lo que creíamos. Así es el vértigo, el estupor que nos sucede en el interior, que ataca nuestro yo cuando cruzamos las fronteras, sobrepasamos las murallas que creíamos infranqueables y notamos que el otro se nos parece más de lo que creímos. Allí en ese instante una forma de verdad se nos descubre. El viaje está sucediendo más en nosotros mismos que en la carretera, o en el aeropuerto. Porque el viaje empieza mucho tiempo antes. Los cambios que queremos hacer, las experiencias que queremos vivir y que no encuentran cabida o camino en nuestra vida cotidiana, en el ritmo diario, en el paisaje de la familia. Necesitamos la distancia y el cuerpo y la mente empiezan a prepararse para ese cambio. La pasión es más fuerte que el vértigo. *Lâchez tout* (déjalo todo) decía Bretón (el poeta surrealista) en 1922. Deja todo lo que tienes. Déjate. Olvida tus maletas. Ve ligero de equipaje. Prepárate para el desencanto. Muchas cosas se caerán. La nueva pregunta que solo podrás responder cuando regreses será ¿desde dónde viajo? ¿Lo sé, acaso?

Aquel que llegaremos a ser empuja a aquel que somos para que haga lugar. Somos ese todo que suma cada parte de nuestro cuerpo, incluidas mente, emociones, sentimientos.

Los viajes nos convierten en prólogos de nosotros mismos: preámbulos, bocetos de aquello que está en construcción porque la construcción solo la detiene la muerte, lo mismo que al viaje. El ser humano es un viajero, y solo lo detiene la muerte, decía el teólogo alemán Karl Rahner. Esa faceta inacabada e inconclusa del viaje que comienza, ese lugar de primera mudanza emprendida desde el "yo". A ello se enfrentará el viajero a lo largo de su camino. Palabras, imágenes que se agolparán desde las ventanillas de los trenes, los barcos, las carreteras, o cruzando una calle, doblando una esquina, todo ello, lejos de casa. Primera experiencia o no, bautizo de fuego para el "yo", en el descubrimiento de esa parte del mundo que aun no han visto, esa parte de nosotros



mismos que anhelamos encontrar sin saber exactamente por qué, y mucho menos cómo.

Viajar por viajar. Viajar por crecer. Viajar para no tocar puerto. Viajar para durar. Para llegar tarde. Porque así es la ley de la vida, porque hay que alejarse para poder volver, porque hay que mirarse en otro espejo, en otro lugar, desde otro lugar, para poder ver o empezar a ver quiénes somos, y mucho mejor, quiénes queremos ser. Viajar es siempre un cuaderno de navegación que se transforma mientras se escribe, que se va construyendo, en cada frontera, pero también en cada muralla que se encuentre en los largos, sorprendidos e inesperados caminos que se vaya eligiendo.

Quien viaja es siempre extranjero. Es alguien que ha dejado la comodidad de su casa, su hogar, su tranquilidad cotidiana, para exponerse a la rareza, a lo extraño, a lo diferente. La oportunidad de nuevas cicatrices, nuevas huellas porque dejar huella es una inevitable condición del caminante.

A primera vista podríamos decir que el viaje sucede en la geografía, pero también transcurre en el tiempo. En *Ciudades invisibles* de Italo Calvino, el Gran Khan inquiere a Marco Polo:

“—¿Avanzas con la cabeza siempre vuelta hacia atrás? —o bien:— ¿Lo que ves está siempre a tus espaldas? —o mejor:— ¿ Tu viaje se desarrolla sólo en el pasado?”

Y Marco Polo quiere poder explicar al Gran Khan que al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos. “Las vidas que no tuviste. Los senderos que no tomaste. Las señales que despreciaste”.

Otra marca poderosa de los viajes sobre nuestra subjetividad: pueden afectar lo que creíamos era nuestra verdad. ¿Puede modificarse el pasado? Italo Calvino, en boca de Marco Polo, nos dice que sí. Cambiar quienes somos nos permite revisar el pasado viendo los hechos como si fueran nuevos, ofreciendo nuevas oportunidades al ser, o como decíamos antes, al estar siendo y al estar viendo. El psicoanálisis nos ofrece también esta experiencia: escribir el discurso de nuestra vida, dar un orden narrativo al caos emocional, revisar las versiones de nosotros mismos que pensábamos escritas en piedra, más como una condena que como un destino, y ofrecernos una oportunidad y una puerta hacia nuevas oportunidades de pensar no solo quienes somos, y quienes seremos, sino, casi misteriosamente, quienes fuimos. Los viajes hacia uno mismo, hacia el pasado, tienen este punto disruptivo frente a la “verdad histórica”, aquella que se nos presenta narrada desde fuera, desde arriba, y pretende decirnos, taxativamente: “esto es lo que pasó”, “este es tu pasado”.

Y en eso, el sufrimiento en la elaboración del legítimo relato individual no se diferencia del sufrimiento colectivo para la elaboración de un relato legítimo que debe enfrentarse a los poderes políticos cuando estos pretenden imponer un espejo que refleje, con violencia, “El rostro”.

Sentir, intuir y saber que algo no sucedió como dicen, que los responsables no son aquellos que señalan, que hay más, mucho más escondido detrás del discurso que dentro de él, puede provocar indefensión o rebeldía. Indefensión porque todos hemos aprendido a creer en la palabra del otro antes que en la propia, aunque una sospecha interior nos inspire a cuestionar, a salir, a recorrer, a viajar y visitar el pasado y conspirar contra la versión oficial, sea la de nosotros mismos o la de un pueblo entero. Poder cuestionar la “historia oficial” es uno de los pocos caminos para reparar la herida: “No te atrevas a decirme quién soy. Cómo fui. Cómo fueron los hechos”. La visión de los



vencidos, decía León Portilla. La "Verdad histórica" sobre Ayotzinapa, que no llegó a instalarse como tal gracias a la fuerza de quienes estaban abajo gritando "que no". Guerras, derrotas, pueblos arrasados, tuvieron una Historia oficial que fue revertida, cuestionada por aquellos que no se quedaron quietos en su sitio, sino que viajaron, a veces de generación en generación como Quijotes, valientes y desarmados, al corazón de la verdad que en todos los casos es, citando a Conrad: "El horror, el horror", es decir, siempre a unos metros del infierno.

El viaje como decía al principio también se produce en el tiempo: la exigencia de reparación viaja de progenitores a hijos e hijas, de abuelas a sus nietos hasta que algún indicio de verdad los detiene. Ahí están las abuelas de la Plaza de mayo, pasando su testigo, una a una, a las siguientes generaciones para que no dejen de buscar la verdad. Hasta allí viajarán, incansables viajeros, los padres de los 43. La memoria es un viaje individual pero también colectivo que nos construye y nos mantiene cerca de lo humano. Recordar u olvidar. Partir o quedarse.

Por todo ello, los viajes son profundamente subversivos. Viajar nos hace revolucionarios, contestatarios de la Historia oficial. Huesos duros de roer. Críticos. Resilientes. Comparadores. Inconformes. Decididos. Obcecados. Incrédulos. Suspicious hasta el agotamiento.

Ulises, que es Odiseo, que es Rey, que es los diez años de navegación, que es la búsqueda de razones para regresar, se convierte en Nadie durante el viaje para poder regresar a un punto cero que, felizmente, contiene su pasado.

Y es justo ese incómodo momento arrasador de ser Nadie, el que nos permitirá ser otra vez, volviendo, irreconocibles a un punto de partida que tampoco puede reconocerse a sí mismo.

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- Calvino, Italo. *Las ciudades invisibles*. Minotauro, 1974.
Conrad, Joseph. *El corazón de las tinieblas*. Alianza Editorial, 2002.
Giménez Montiel, Gilberto. "Paradigmas de Identidad". *Sociología de la Identidad*, editado por Aquiles Chihu Amparán. Miguel Ángel Porrúa, pp. 35- 60, 2002.
Homero. *Odisea*. Edición de José Luis Calvo, Cátedra, 2005.
Kavafis, Konstantinos. *Ítaca*. Nórdica Libros, 2015.
Magris, Claudio. *El infinito viajar*. Anagrama, 2008.
Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego*, Acantilado, 2002.

Marta Clara Ferreyra

Universidad Nacional Autónoma de México

marta.ferreyra@gmail.com